

Quilpué y Daniel de la Vega

Un canto simple y lejano hace reflorar en el alma las melancolías, las nostalgias, los deseos de una vida que no se vivirá, el pesar por una vida que no se siente realizada significaba en otro tiempo Giovanni Papini. "Caminas, de noche por una calle desierta —agregaba— y un acorde de piano, un lamento de violín, hace que tu corazón palpite por un amor que ya no recordabas, te ablandan en la ternura de edades pasadas, te arrancan de los pensamientos del presente y te dan un poco de sol de la juventud".

Son conceptos que guardada la diferencia parecieran haber sido escritos por Daniel de la Vega, el hijo de la llamada "La Ciudad del Sol", que fuera de escritor, periodista, autor teatral, narrador de cuentos y novelas, filósofo, fue un animador de la intelectualidad de su época en el mundo de las letras.

Fuera de que compuso versos sentidos y melodiosos en que cantó al amor en todos sus matices, a las novias de los pueblos, los enamorados de los parques otoñales; el amor hacia el hijo por nacer y tantos otros motivos percibidos por una fina y transparente sencillez que le dio nombradía popular y le hizo poeta predilecto de las recitadoras de su época en días en que ese género era cultivado y gozaba de aceptación en cierto modo generalizada.

Así escribió, "al calor del terruño", bellos recuerdos de su Quilpué natal, "con el ambiente pueblerino de su infancia, las aventuras amorosas de la adolescencia, los paseos campesinos, las largas tertulias en la esquina del Correo, los polvorosos caminos del atardecer", presentes en la mayoría de sus trabajos iniciales rubricados con una pátina gramáticamente sentimental.

Sus estudios los hizo en un comienzo en los Padres Franceses y en el Instituto Alemán de Valparaíso, no caracterizándose por su afición al estudio. "Es verdad que yo no iba casi nunca al colegio, / me gustaba más el cerro, el viento, el río/..."

A los 14 años fue periodista, fundando en su ciudad natal una hoja "La Semana". Una imagen de él que ha quedado grabada en las prensas lo muestra pálido, con algo de personaje del Greco, que debía de andar con capa de poeta y andaba de civil. Agregándose que escribía

sus admirables artículos en diez minutos y los adjetivos y sustantivos le salían solos del diccionario y se ponían en el papel, felices de trabajar a las órdenes de tan buen maestro...

En aquella época conoció a Pedro Prado, de quien hasta la hora final siguió siendo su más ferviente admirador. "Prado era algo mayor que yo, de manera que cuando él andaba en sus primeros ajetreos amorosos, mi mundo era todavía el de la pelota de trapo. Pero cuando supo que yo también escribía, se acercó a saludarme. Y desde ese día fuimos grandes amigos".

Otro recuerdo evocado en su madurez por Daniel de la Vega, que durante más de medio siglo escribiera innumerables crónicas que vieron la luz pública en "El Mercurio", "Las Últimas Noticias" y otros medios de difusión, es el referido al esplendor de un diario de vida efímera, "La Mañana", simbolizado cual una arrogante aventura de la juventud. El diario había aparecido como un flameo

"... Daniel de la Vega se hizo acreedor a tres premios nacionales: el de Literatura, el de Teatro y el de Periodismo..."

de bandera, como una clarinada, como un penacho. Su lema —"Sin miedo ni favores"— lo decía todo. Y por sobre esas palabras orgullosas se erguía la silueta de un gallo en la actitud fanfarrona de cantar...

Tal vez la crítica de su época, él había nacido en 1892, no fue lo suficientemente justa con sus obras, pero el mejor antecedente de que con su creación llenó un espacio en su patria, es el hecho de que en vida se hizo acreedor a tres premios nacionales: el de Literatura, el de Teatro y el de Periodismo.

Ahora, a veinte años de su desaparición, Mario Cánepa Guzmán ha escrito una biografía de su vida y de su obra y en su pueblo, que en sus días quiso ser y ahora es una bella ciudad, no son pocos los que no lo han olvidado habiéndosele, como es costumbre entre nosotros, conferido póstumamente diversas distinciones.

Lautaro Robles

Si la gente hablase sólo de lo que entiende, el resultante silencio se haría insoportable.

M.L.